

La Alhambra y la Granada Andalusí

MÓDULO 6

6.3 RECEPCIONES OFICIALES, FIESTAS Y CELEBRACIONES

Por *José Miguel Puertas Vilchez*

Departamento de Historia del Arte de la UGR

Además de residencia de los sultanes, sus familias y sirvientes, los palacios fueron escenario de numerosas celebraciones cortesanas, públicas y privadas, y muchos de sus edificios se concibieron como impactantes escenografías protocolarias. La extensión de la Sabika y sus inmediaciones sirvió para actividades lúdicas y representativas del estatus noble, como la caza mayor y la cetrería, que se practicó en el valle del río Darro junto a la Alhambra y fue idealizada en la poesía cinegética y en las pinturas del Partal. Los nazaríes fueron eminentes impulsores de la equitación, arte sobre el que redactaron notables tratados (como los de Ibn Hudayl dedicados a Muhammad V) y dejaron representaciones pictóricas, asimismo en el Partal y en la Sala de los Reyes. Y parece que fueron ellos quienes iniciaron el deporte de la “tabla”, en el que los jinetes lazaban a galope palos sobre un blanco de madera colgado, que pudieron tener lugar en la explanada de “la Tabla”, cerca de Bab al-Gudur (Puerta de los Siete Suelos). Tampoco faltaron en la ciudad palatina simulacros de torneos, alardes militares con intervención de la famosa caballería granadina y hasta juegos más populares, como la suelta, que se hacía cerca del Generalife, de toros o vacas salvajes acosados por perros, que luego eran alanceados por jinetes.

En la Alhambra se celebraban con boato los principales oficios religiosos de ruptura del ayuno, fiesta del sacrificio, Natividad del Profeta, además de los nacimientos, bodas, circuncisión de los emires, y, por supuesto, sus ceremonias fúnebres. En la Mezquita Mayor, construida por Muhammad III en 1305, tenían lugar muchas de estas celebraciones, que a menudo eran dirigidas por el propio sultán en calidad de imán de la comunidad. Una de ellas terminó en tragedia, ya que Yusuf I fue apuñalado cuando realizaba la última genuflexión en la oración de final de Ramadán del año 1354. Las fiestas de circuncisión fueron especialmente relevantes, incluyendo la recitación de largas casidas laudatorias, algunos de cuyos versos pasaron luego a las paredes de la Alhambra: parte del poema de la Fuente de los Leones y casi todo el poema de la Sala de Dos Hermanas proceden de la casida de 147 versos que recitó Ibn Zamrak durante la circuncisión del príncipe `Abd Allah, hijo de Muhammad V.

Una festividad muy notoria también entre los nazaríes fue la del nacimiento del Profeta (mawlid), que a veces fue acompañada de fastos arquitectónicos, como la conclusión de la Puerta de la Justicia por Yusuf I en 1348, y la construcción del nuevo Mexuar que hizo Muhammad V al recuperar el trono en 1362. Sobre este último acontecimiento, Ibn al-Jatib nos dejó, en Nufada III, la más detallada descripción de una fiesta celebrada en la Alhambra. Aquel sonado mawlid de 1362, gozó de un variopinto programa gastronómico, religioso, poético y musical. En el

La Alhambra y la Granada Andalusí

remozado Mexuar que abarcaba el patio de los escribas, el privado, con la Torre de la Victoria (luego de Machuca) y el salón del Mexuar, se plantó también una gran tienda de campaña para acomodar a los numerosos invitados. Todo se cubrió de finas alfombras, telas y cojines, y se iluminó con candelabros de cristal y cobre, mayores en el patio, y con velas y lámparas por doquier. El repuesto sultán apareció acompañado de sus cortesanos provocando la admiración con su figura y por vestir turbante en lugar de corona. Tras la oración comunitaria, los criados, oficiales de servicio y los más distinguidos esclavos ordenaron a los invitados: jefes de cabilas, cherifes (descendientes del Profeta), miembros de los linajes nazaríes y ulemas; los sufíes y miembros de cofradías místicas, se colocaron frente al sultán; les seguían “unos centenares de comerciantes” (entre ellos orientales y tunecinos), más representantes del resto de clases sociales y súbditos notables bien ataviados. La muchedumbre se apretujaba en la puerta pugnando para ver, y sus voces llegaban hasta el propio rey, aposentado en su trono sobre un estrado de tres escalones, a casi un metro de altura, que había sido colocado en la sala del consejo de gobierno (maylis al-`uqud) (sala del Mexuar) entre bellos arcos y ante la espléndida cúpula central.

Con ritual casi idéntico al magrebí, el sultán presidió las tres oraciones de la puesta de sol, la de entrada de la noche y la del amanecer, una vez que los presentes hicieron sus abluciones. Se comenzó con la invocación del nombre de Alá por recitadores, los predicadores oficiales ofrecieron dos homilías y se entonaron cánticos religiosos acompañados con el sonido de flautas de madera. Después, acomodados los asistentes sobre tapices y hermosos cojines, e iluminado el espacio con valiosas lámparas y candelabros, se dispusieron las mesas con hermosos manteles y se sirvió la cena, mientras que una pléyade de reputados poetas fue recitando panegíricos en honor del Profeta. Comieron carne de cordero y de aves de corral, asada, frita, picada, embutida, rellena con almendras, condimentada con especias y miel, y, por supuesto, dulces, como gachas de harina, bizcochos, y otros, junto con ricos panes de flor de harina. Los criados y los apuestos mamelucos iban de gala con capas de brocado y sirvieron primero a los invitados más cercanos al trono, seguidos de los comerciantes y extranjeros en muestra de hospitalidad. Tras agasajar a las demás clases sociales, se repartió lo sobrante entre los subalternos sin olvidar al más alejado centinela. Un aguamanos vestido con capas de brocado servía agua con jarros de cobre sobredorados. Y a los postres se trajeron cajas con confituras, frutos secos, roscas y dulce de manzanas. Al amanecer se sirvió también un desayuno.

La fiesta se aderezó con el espectáculo que aportó un ingenioso reloj de madera que el sultán mandó colocar aquella noche frente a él. Era un el reloj, de 160 a 165 m. de altura, con una pequeña hornacina en cada uno de sus doce lados. En su parte superior, un cirio encendido quemaba, cada hora, un cordel de lino, que, al romperse, liberaba un pestillo y caía una bolita haciendo ruido en una cubeta de cobre, a la vez que se abría una puerta, tras la cual se veía una figurilla humana portando un trozo de papel con un poema; un encargado cogía el poema y se lo entregaba al recitador. Así se fueron recitando los 12 poemas en honor del sultán escritos por Ibn al-Jatib, presente en la ceremonia junto a Ibn Jaldún y a Ibn Zamrak.

La Alhambra y la Granada Andalusí

Al alba, un grupo de sufíes realizó los cánticos y danzas del dhikr (invocación del nombre divino), para catarsis de todos los asistentes. Estas ceremonias sufíes se realizaron también en época de Yusuf I, quien hacía subir a la Alhambra a la cofradía de los Banu Sidi Bona, de origen valenciano y asentados en el Albaicín, aunque más tarde Muhammad V promulgaría un edicto para expulsarlos de su reino ante el peligro que llegaron a representar para su gobierno.

Aunque en muchas salas de la Alhambra se alternaron las funciones privadas y públicas, algunas sirvieron específicamente de maylis (en el ala norte del Generalife, o las salas del Mexuar y de la Barca, quizá las que rodean el Patio de los Leones y las propias qubbas) para reuniones, tertulias y celebraciones. Otros lugares se dispusieron especialmente para la comparecencia del soberano en labores de audiencia y justicia, como la qubba del alarde del patio de escribas del Mexuar y, seguramente también, la Fachada de Comares. El Salón de Comares fue, en fin, la mayor qubba de entronización y recepción del sultanato y de al- Andalus, con el trono de Yusuf I situado en la alcoba central, según lo indica el poema allí grabado, y la Sala de Dos Hermanas, la Qubba Mayor del Jardín Feliz (el Palacio de los Leones), junto a la que el Mirador de Lindaraja albergaba el “trono califal” desde el que Muhammad V contemplaba su ciudad.